



Ensayo

ANTE SAN SEBASTIÁN, PERPLEJOS

Leonardo Martínez Carrizales *

Día 1

Podemos ir en paz, la misa ha terminado, dijo el sacerdote con voz profunda. *Demos gracias a Dios* . . . contestó un vocerío apagado pero devoto. Los feligreses abandonaron lentamente la parroquia de San Sebastián caminando por Bolivia, antiguamente calle de San Sebastián, hacia cualquiera de los destinos inciertos y tristes en que hoy se han convertido los arcos de las portadas, los artesones desfigurados, los portones surcados por el tiempo, los pasillos angostos y fríos, los patios diminutos y silenciosos, los amantes ebrios que se besan con labios alcoholizados en alguna banca de la Plaza Torres Quintero, justo frente a la parroquia cuya biografía comenzó con la aparición de una ermita fundada por Juan Martínez y por los años del siglo XVI cuando el Presidente de la Segunda Audiencia, Don Sebastián Ramírez, dio a este barrio el santo de su hidalgo nombre; un barrio donde las doncellas contemplaban los pliegues de las golgas de sus caballeros al pie de los balcones, donde todavía el tiempo no había navegado indeleble por la madera de los zaguanes ni había desfigurado el rostro de los alfarjes.

En medio del desierto en que se convirtieron las bancas de la parroquia, una beata prolongaba su rezo. Miré los andamios deshabitados por albañiles hipotéticos; miré la clausura irremediable de las capillas laterales de la nave, la clausura del bautisterio; miré la pena amarilla de su altar desnudo, la ausencia de un retablo. En mitad de una mirada, me sorprendió desde la punta derecha del altar y junto a una virgen piadosa. Un rostro terso y rosado, con una

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

expresión dulce y los ojos perdidos en los espacios del aire; la sonrisa franca pero digna. Unos cabellos castaños y largos, ondulados; la cabellera de un Cristo. Un andar estático y armonioso; sus brazos en cuidadoso y afectado balance, pero sus piernas presas en la dignidad de una flexión severa. El cuello erguido. Una faldilla roja con bordes dorados, como un príncipe austero, un bautista en el Anáhuac. Del mismo paño, una banda cruzaba su torso adornado por heridas abiertas como una granada pequeña pero viva al pie del sol de un mediodía. Heridas hermosas en el vientre, en el corazón; las heridas de las saetas que recibió hace tanto tiempo como diecisiete siglos por órdenes de Diocleciano y de los arcos de su soldadesca mauritana. Las mismas heridas con que se levantó del Campo de Marte para sanar en casa de Irene y regresar ante Diocleciano, en la gradería del Templo de Heliogábalo, y demandarle su conversión religiosa; las mismas heridas que persistieron en los palos que provocaron su muerte definitiva y que lo acompañaron a la santidad con que se presentó en los sueños de Lucina, para señalar el lugar de su sepulcro; las mismas heridas con que me sorprendió en mitad de una mirada y en mitad de la incuria que domina la parroquia de su nombre, a pesar de haber alcanzado el estatuto de monumento histórico a partir del 9 de enero de 1931. Anónimo, desde la punta derecha del atrio y desde la rigidez graciosa del yeso que lo contiene, San Sebastián no deja de sorprenderme.

Salí de la parroquia al anochecer, el rezo de la beata era apenas un recuerdo.

Día 2 (mañana)

Buenas tardes, señorita. ¿El Episcopado de la Iglesia Católica? Bien, buenas tardes. Disculpe la molestia, necesito información. Tengo interés en documentar la iconografía de San Sebastián; es decir, todo lo relacionado con las pinturas, las tallas, las imágenes, incluso con los inmuebles dedicados a la adoración del santo mártir. Quisiera saber de la existencia de algunos archivos... Está bien, espero, desde luego que no cuelgo... Buenas tardes, señor, le decía a la señorita que me contestó que... sí, exacto, San Sebastián mártir, asaetado, sí, tengo entendido que su figura es un tema recurrente en las artes plásticas del mundo cristiano... Entonces quisiera saber si existen algunos archivos con que la Iglesia Católica haya clasificado las obras del vi-reynato... ¿no? Pero deben tener algún catálogo de obras artísticas en poder de la Iglesia... ¿y la enumeración de las parroquias de la ciudad así como de los patronos de cada una de ellas? Entiendo, sí, comprendo... ¿y no tiene usted idea de quién pudiera tener esa información?... Sí, comprendo, completamente dispersa; lamentable, muy lamentable... No, en cuanto a los especialistas su interés se ha articulado en torno a autores, órdenes religiosas u obras específicas; sí, han descuidado los aspectos teológicos como ejes de clasificación... pero no se preocupe, ha sido usted muy atento; sí, claro que tengo noticias de esas iglesias y no dude que me dirigiré a ellas...

un momento, ¿con quién tuve el gusto? . . . Padre Francisco Antonio Macedo, muchas gracias padre. . .

Día 2 (atardecer)

Fray Antonio Campero es el historiador de la iglesia de San Juan Bautista en el centro de Coyoacán. Dicha iglesia es cabecera de un distrito eclesiástico que abarca una zona extensa del sur de nuestra ciudad; el tiempo ha emancipado varias capillas de su jurisdicción.

Fray Antonio tiene la blancura en la piel y la voz de los españoles. Lo encontré en los corredores amplios del edificio anexo a la iglesia, caminando bajo un solio diminuto que le daba la dignidad de años remotos. Me sorprendieron sus ojos de niño, agrandados por los cristales gruesos de sus anteojos. Me miró con la sorpresa de un niño.

“No hay nada en nuestros archivos. Incluso no tenemos nada de Santa Catarina, que es una capillita aquí muy cerca, usted debe conocerla, ¿la conoce? Aquí a unas cuantas cuadras. . . Pues pertenece a nuestra jurisdicción. La iglesia de San Sebastián Axotla ya no pertenece a nuestra jurisdicción. . .”

“No sabemos la razón de que no quede nada en los archivos. Acaso cuando los dominicos abandonaron este lugar apresuradamente, se lo llevaron todo, pero francamente lo dudo. Más bien pienso en aquellos tiempos convulsos. . . Diríjase al Archivo General de Monumentos Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, algo habrá de encontrar, ¿lo conoce? Allá en el ex-convento de Churubusco. Ahora bien, aparte de las iglesias que usted conoce, existe un San Sebastián en el frontispicio de San Antonio Panzocola, en la esquina de Avenida Universidad y Francisco Sosa, ¿la conoce? . . .”

Junto a su mano fresca, me ofreció su mirada enorme.

Día 3

La adoración de San Sebastián es tan temprana como su muerte. El mártir atiende a los estados con la peste divina de sus llagas, como hizo en la Italia de los tiempos del rey Humberto; como hizo en Xochimilco, ante los ruegos de Jerónimo de Mendieta; como seguramente habrá hecho con las pestes hipotéticas de los habitantes de Coyoacán en la primera mitad del siglo XVI, y por cuya devoción se habrán levantado las tres residencias del mártir en el sur de la ciudad: Chimalíztac, Xoco y Axotla.

La calle Hidalgo en la colonia Florida mutiló el atrio del Templo de San Sebastián Axotla que, a pesar de esa mutilación, conserva la traza, los muros, la portada y los sistemas constructivos del siglo XVI. En su fachada se construyeron dos torres hacia el siglo XIX y en 1980, la casa cural con sistemas

constructivos y expresión formal contemporáneos. La cruz atrial es otro sobreviviente del primer siglo de la Conquista, así como los arcos que se levantaron después de 1983 por iniciativa del párroco Javier Trejo, que tenía almacenados en la casa cural los elementos, ubicados tentativamente en los inicios del siglo xvii.

El San Sebastián que preside el retablo está preso en la madera que alguna vez tallaron manos indígenas. Su dolor es grave y varonil; hierático en su rostro inexpresivo pero primitivo y agudo en las llagas sangrantes del torso, del brazo derecho en alto y atado al tronco que sirvió para la ejecución, de las piernas. Su cuerpo es sangre viva, pero su rostro es el del último suspiro del mesías con el perdón y la santidad en la boca y los ojos iluminados. El trazo indígena, más próximo al dolor medieval que a las maneras renacentistas, hermana esta figura a la que en Chimalíztac reside en el centro de un retablo de oro y dentro de una campana de vidrio.

En la humilde anciana que arreglaba ramos de gladiolas en la nave austera del templo y que me señaló el camino para llegar al párroco; y en la imagen de San Sebastián, el dolor apagado y ancestral era el mismo.

— La verdad, poco le puedo decir sobre el San Sebastián de nuestro retablo. — Me dijo el párroco Javier Trejo sentado tras su escritorio en la sacristía; siguió diciendo con una voz que tenía los aires de la reflexión y la indiferencia bien educada—: “Nunca me había puesto a pensar en el origen de esa figura, pero imagino que no hay razón para pensar que no pertenezca a la misma época a la que pertenece esta iglesia, el siglo xvi”.

Un feligrés emocionado por su próxima boda interrumpió al párroco; éste le recordó, fríamente, la necesidad de los papeles oficiales de su prometida.

— Pondremos en las amonestaciones nuestros nombres completos. . .

— Sí, sí, pero no olvides los papeles de la novia.

— Guadalupe. . .

— No quiero saber su nombre, no importa. No olvides los papeles.

Cuando el feligrés se retiró solícito y con la misma emoción, el párroco continuó.

— Esta iglesia fue fundada por franciscanos, eso sí le puedo informar, y le puedo decir también que los arcos en el atrio son la parte más antigua que



conservamos. Actualmente la iglesia funciona bajo un aspecto pastoral de enfermos...

Cuando me retiré del templo por su incierto atrio, volví a contemplar el barrio híbrido que la rodeaba: apartamentos y automóviles sofisticados, antenas parabólicas, y barrancas de adobe, aplanados despostillados, un elotero taciturno. El templo era un pedazo de claridad primitiva en medio del desconcierto ciudadano.

Día 4

(Apuntes para la historia de dos martirios.)

Entre 1900 y 1902, las huertas de Chimalíztac eran para Federico Gamboa un recuerdo imposible por dos razones. La primera: el arbóreo espacio donde el tlatoani de Coyoacán alojó a Cortés en 1519, y que en 1597 fue cedido en gran parte a la laboriosidad carmelita por el doctor Andrés Mondragón, era un fraccionamiento conocido como Colonia del Carmen, resultado de una disgregación iniciada en 1856 y continuada por el afán reformatario de 1859. La segunda: escribía en el exilio *Santa*.

La protagonista de su novela, desvirgada por un alférez en los pedregales de San Ángel, habrá llorado su dolor joven frente al dolor viejo del santo patrón de la Capilla de Chimalíztac, un Sebastián tallado en madera que seguramente habrá llegado en la última década del siglo XVII al recinto que dejó de ser por ese mismo tiempo, por obra de un cubo que abrió un arco en el muro posterior, lo que era desde su fundación en el siglo XVI: una capilla abierta. En el centro del altar situada al fondo del cubo, San Sebastián esperó 200 años las lágrimas de Santa.

La santidad apócrifa de Santa murió en un lupanar del centro de la ciudad de México, donde había ensanchado su martirio con placeres tristes. San Sebastián, sin embargo, resistió la suspensión del culto en su capilla durante la segunda década de este siglo; asistió a la reapertura; observó con mansedumbre a una Santa de oropel que llegó a sus pies en 1931, ocultando su nombre verdadero: Lupita Tovar; se enorgulleció de recibir el estatuto de monumento colonial en 1932; alentó en 1938 los trabajos de la primera reconstrucción y en 1943-1945, recibió con alegría un hermoso retablo barroco de cinco medallones, procedente del siglo XVIII y de la demolición de la Iglesia de La Piedad.

En 1964 —por esfuerzos de una comunidad de católicos alemanes—, San Sebastián Chimalíztac se convirtió en Parroquia territorial, separándose de San Jacinto (San Ángel). Sin embargo, San Sebastián sufre la carencia de los documentos que formen su biografía entre nosotros.

Una laguna más en la maravillosa imaginería cristiana del renacimiento vi-reinal.

Casi para llegar a la Cineteca Nacional, en el lugar donde la calle de San Felipe cruza la de Mayorazgo, se encuentra el templo de San Sebastián Xoco. Llámase así por estar en mitad del pueblo de Xoco, cuyo único vestigio es una calle larga y retorcida, llena de zaguanes oxidados y sombríos por donde asoman jovencitos nocturnos. Caminan perros despreocupados y amas de casa indolentes. Cinéfilos, trabajadores bancarios y paramédicos y enfermeras del hospital de urgencias, son los transeúntes más constantes de Mayorazgo. Indiferente permanece la Iglesia con sus puertas cerradas seis días de la semana, los domingos se abren para recibir al sacerdote que envía la Iglesia de la Esperanza para officiar la misa dominical a las nueve de la mañana. Al atardecer, las puertas vuelven a cerrarse. El atrio de la parroquia está perfectamente delimitado por un muro de adobe reforzado que data del siglo pasado, y que los lugareños con los mayordomos de la iglesia a la cabeza, quisieron derribar para construir "otro más nuevo, es como la ropa de uno, se tira la vieja y se compra una nueva". El muro, con 150 metros de longitud, fue resguardado por las autoridades del INAH del mismo modo que hoy lo hacen con el adobe original de la portada, que los mayordomos recubrieron con los mosaicos provenientes de una donación. "Es como la ropa de uno, si le regalan a usted una camisa, pues ni modo de tirarla, se la pone usted". Y los mayordomos no tiraron los mosaicos que en los años 60 un hombre del lugar donó para adornar un sitio al que consideran como propio, en virtud del cuidado y el mantenimiento diario, y de las fiestas de pueblo que ocurren en enero y abril —la fiesta onomástica y el jubileo—. Pero la autoridad, sea eclesiástica o gubernamental, es la autoridad, y por estos días el recubrimiento artificial de la fachada es derribado para restituir su apariencia original.

Los mayordomos son sacerdotes de una iglesia paralela, pagana. En sus rasgos físicos y su comportamiento descubrimos el orgullo de un tlatoani a destiempo, lo mismo que la timidez de quien se siente al margen de la ley. El sacerdote será el sacerdote, eso ni Dios lo quita, pero ellos son la memoria viva de la parroquia, ellos son su savia viva, los herederos biológicos de una devoción que mantiene las puertas de la parroquia abiertas y los interiores limpios.

— ¿No sabe de algún archivo que... ?

— No, pues no hay nada. Acaso uno de nuestros compañeros, el mayordomo de más edad, el que tiene como 59 años, ése a lo mejor sepa algo de la fundación de la iglesia.

— Pero algunos papeles...

— Su papá y su abuelo vivieron en el pueblo desde chicos, a lo mejor ellos se recuerdan algo, yo la verdad para qué les digo que esto y que l'otro si la verdad no me acuerdo y pues no...

— Pero sería más seguro si hubiera algunos papeles, son muchos años atrás. Tal vez el párroco.

— ¿Cuál? ... ¡Huyy! No, pues no. El que acaba de llegar es un muchachito. Y pues sí estudió, estudian mucho pero qué más puede saber, nomás diga-

me... El otro, el que se va, ése viene de España y viene aquí cada domingo o cada que hay ceremonias, dígame usted qué va a saber...

— Pero sólo unos papeles...

— Véngase el sábado que entra, aquí estará mi compañero; él, le digo que tal vez se recuerde de algo, ahorita ya...

En la sacristía existen cinco pinturas que por sus motivos, la técnica y la composición, podrían pertenecer al siglo XVI o XVII. Existen también, en un rincón, tres o cuatro tallas en madera apretujadas entre sí y con sus polillas; en sus expresiones encontramos el dolor primitivo y conmovedor o el arrebató místico del primer siglo de la conquista.

— Nos las han pedido para restaurarlas. Pues no, estas cosas son como tesoros y de aquí no salen, y menos para que les metan mano. Es como su casa, se la tiran y se la hacen más nueva, pero ya no es la misma. Podrá estar más bonita, pero el valor de la anterior, ése ya no lo tiene la nueva. Igual con estas imágenes...

Frente a la imagen de San Sebastián en el centro del retablo, las palabras del mayordomo ya no me sorprendieron.

— Este San Sebastián es más grande que el de Axotla. Hasta ellos así lo reconocen... cada año le cambiamos su ropa para que esté presentable...

Siguió hablando como una persona que muestra su propia casa. Salimos al atrio, donde se preparan parterres, plataformas y corredores para recibir a los visitantes los días de fiesta. Cuando volví la mirada a la parroquia, la nave y la sacristía estaban vacíos. El sacerdote había partido. Mayordomo y sacerdote no se habían despedido; creo que ambos se lo agradecieron mutuamente.

Día 6

(Un recuerdo.)

En mitad de un sueño me sorprendió. Un rostro pequeño, infantil, sonrosado. Un cuerpo pequeño envuelto como un niño Dios en paños azul cielo. Un dolor completamente ornamental, unas heridas decorativas. Era el San Sebastián de Xoco.

— Este San Sebastián es más grande que el de Axotla. Más...

Podemos ir en paz, la búsqueda no ha terminado...

